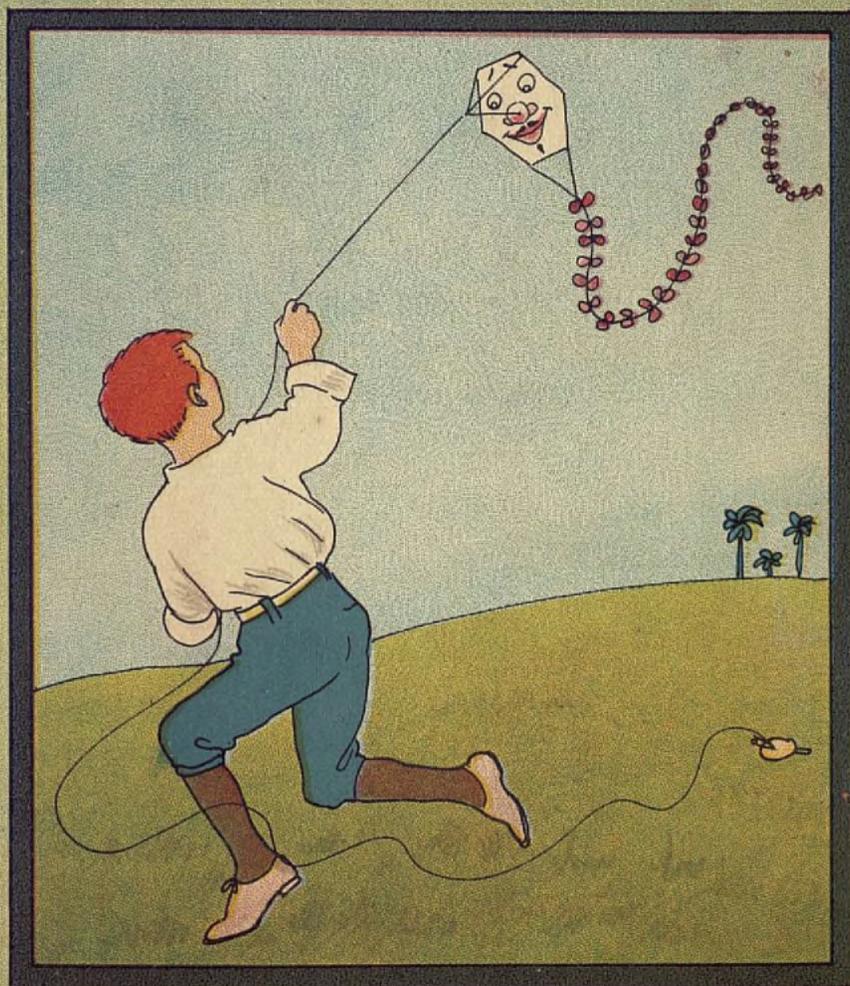


PULGARCITO

VOL. II - NUM. 4 - ABRIL, 1920 - 20 CTS

JUGAREMOS HOY A...



EL PAPALOTE



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital de la revista “Pulgarcito” ha sido realizada como resultado de la Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Información: “Revista Infantil Pulgarcito: una organización de información desde los supuestos de las Humanidades Digitales” por Luis Miguel Rondón Díaz en el año 2017.

Se digitalizaron los números pertenecientes a la Biblioteca Histórica Cubana y Americana “Francisco González del Valle” y de la Biblioteca “Fernando Ortiz” del Instituto de Literatura y Lingüística.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



CUANDO UN NIÑO
 SE PORTA BIEN
 MERECE UN RETRATO
 COLOMINAS Y CIA
 SAN RAFAEL, 32



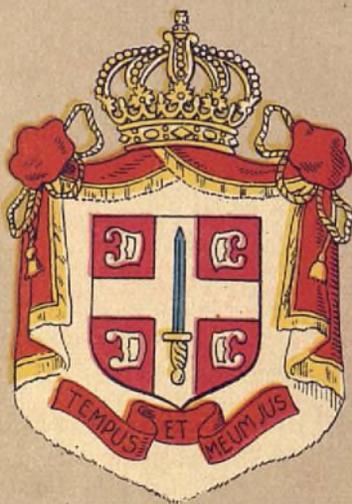
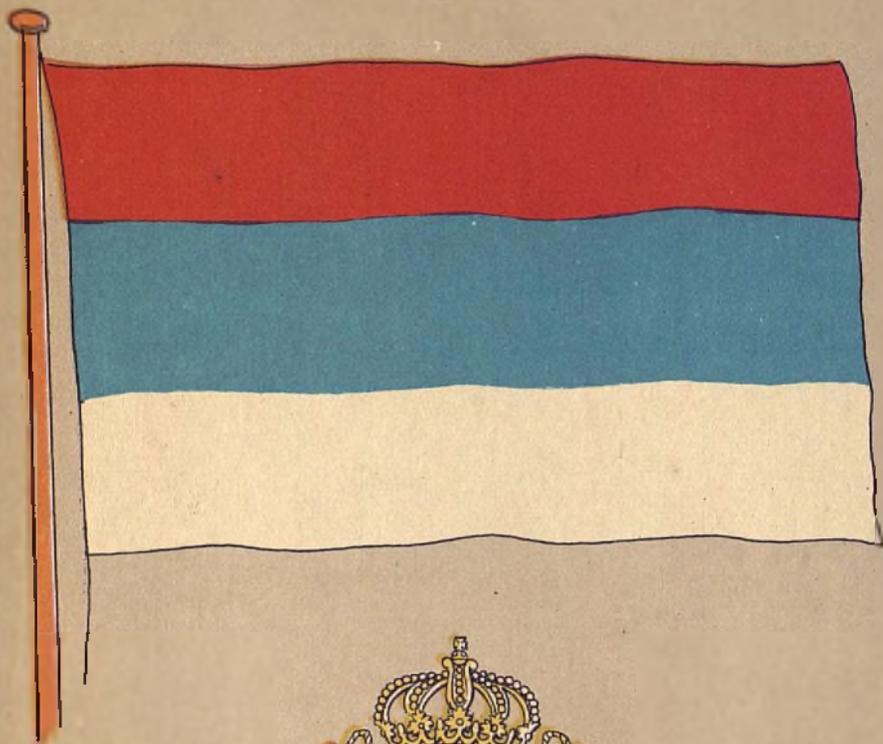
RECOMIENDA A TUS
HERMANOS MAYORES,
QUE TODOS LOS
MESES LEAN LA
MEJOR REVISTA DE CUBA

SOCIAL

\$3⁰⁰ AL AÑO

30⁰⁰ EL NUMERO

Banderas y Escudos.

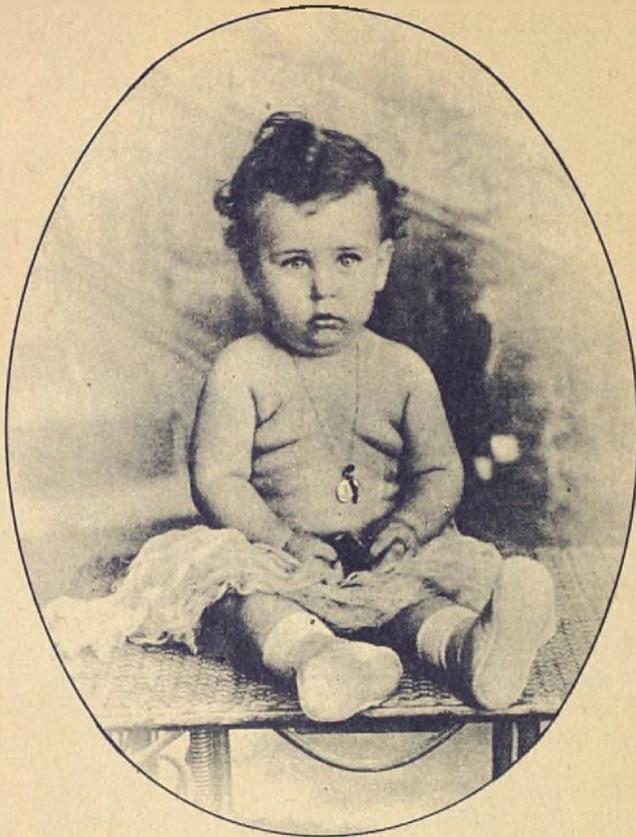


SERBIA

Capital: Belgrado.

Jefe de Estado:

Alejandro.



Jesús Barreto.
(De Guanabacoa)

Este periódico para los niños saldrá todos los meses, y se venderá a peseta. El año entero dos pesos.

Dirija su petición a los editores de PULGARCITO, Massaguer Brothers, Avenida del Cerro 528, esquina a Tulipán. El teléfono es I-1119.

CONRADO W. MASSAGUER
DIRECTOR ARTISTICO

RAQUEL CATALA DE BARROS (Ariana)
JEFE DE REDACCION

PATRIMÓN

GALERÍA DE PROPIETARIOS INFANTILES



HILDA RUIZ CASTAÑEDA LOPEZ

4½ años de edad.

Vecina de Campanario 28.

Propietaria del solar 8 de la manzana
128, en Cojimar.

PULGARCITO:

Te mando mi retrato que me dió mamá.
 Quiero salir bien.
 Mi papá me compró un terreno para hacer mi casa.
 Voy a tener un cuartomuy bueno para jugar con mis muñecas.
 Dice papá que en Cojimar no se enferman los niños.
 Mándame mi PULGARCITO.

En los sucesivos números de PULGARCITO iremos publicando las distintas fotografías de los niños que tienen solares en el "Paraiso de los Niños", en Cojimar.

MARCOS MORE DEL SOLAR. Malecón 337, altos. PATRIMONIO DOCUMENTAL

EL PAPALOTE



LLÁ arriba, entre nubes, este bello juguete adopta posiciones caprichosas, y tiene una batalla con sus iguales. A veces parece, desde abajo, un extraño dragón de cola enorme que hubiera subido al cielo. Es tan cierta esta semejanza que los alemanes le llaman *drache*, que quiere decir dragón. Y nada es más curioso, en verdad, que la historia de este sencillo juguete, por quien todos los niños sienten especial predilección.

Se dice que fué inventado cuatrocientos años antes de venir Jesús al mundo, por Arquitas de Tarento, célebre filósofo y matemático griego. Pero lo cierto es que no hay pueblo de la antigüedad que no lo conociese. En China y Japón, por ejemplo, es un juego nacional. En el primero de estos pueblos existe el "día del papalote", que se celebra el noveno día del noveno mes del año; y, aseguran los viajeros, es un espectáculo muy curioso ver a los niños y a los hombres acudir a los montes cercanos para echar a volar, entre risas y alegrías, los papalotes de diversas clases que ellos poseen.

Pero lo más notable de la historia del papalote es que en su origen, oscuro y remotísimo, ha desempeñado un importante papel entre ciertos pueblos o tribus, los cuales —como sucede entre los maoris— entonan himnos religiosos mientras los sacerdotes elevan papalotes de variados colores.

Los chinos y los malayos poseen una colección muy variada de papalotes sin rabo. En 1893 el Sultán de Johor envió a la Exposición de Chicago quince modelos diferentes de esta clase de papalotes, entre los cuales figuraba el tipo, tan conocido en Cuba, que representa una especie de cajita abierta.

El papalote ha desempeñado, además, importantísimo papel, en el mundo científico. Es memorable el célebre papalote de Franklin, mediante el cual este gran sabio norteamericano demostró la electricidad natural de la luz del relámpago. En otros muchos usos científicos y en otros muchos experimentos ha desempeñado importante papel el papalote; y como si esto no fuera suficiente para enorgullecerlo, se ha visto utilizado por los ejércitos para hacer señales, llevando consigo banderas, luces, y hasta cámaras fotográficas que han funcionado sobre el campo enemigo por medio de la electricidad o de un simple mecanismo de relojería. En ocasiones ha servido para levantar hombres a algunos pies de altura. El capitán Baden-Powell, a quien se le ocurrió implantar esos simpáticos y necesarios ejércitos de *boy scouts*, construyó en 1894 un papalote de treinta y seis pies de altura, mediante el cual sus soldados se elevaron a cien pies de altura. Y el teniente Wise, construyó en 1897 otro enorme papalote con el cual pudo elevar a un hombre a una altura de cuarenta pies.

Saludemos, pues, al señor Papalote, como a uno de nuestros más importantes amigos, ya que tiene una historia tan brillante y variada.



Desi Parreño y Velázquez.
(De la Habana.)

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

PULGARCITO

"DEJAD LOS NIÑOS VENIR HACIA MI"

Acogido a la franquicia e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de la Habana.

VOL. II LA HABANA, ABRIL, 1920. NUM 5

LA FLOR DEL LIRIO AZUL

POR BERNARDO MORALES SAN MARTIN

Era un rey, rico y poderoso, que poseía el bien de una esposa virtuosa y de dos príncipes nobles y hermosos. Y sus vasallos adoraban el buen rey; pero el buen rey no vivía contento, porque estaba enfermo de mal del alma, de tristeza. Y ningún sabio conocía su dolencia y ninguna hierba tenida por milagrosa, lo sanaba. . .

El sabía que el príncipe, su primogénito, tenía celos de su hermano menor; y éste era el mal que entristecía los días del rey sabio y valeroso.

Y llamaron a una hada, porque los sabios doctores de la corte no entendían de dolencias del alma.

Y el hada vino; acercóse al lecho de roble y oro del rey, y dijo que la flor del lirio azul lo sanaría, y que sólo el príncipe digno de reinar la encontraría, y poniéndola sobre el corazón del doliente, sanaría. Y dicho esto, el hada desapareció, como rayo de luna entre sombras. . .

Entonces el rey doliente llamó a sus dos hijos, les dijo que cabalgasen en sus alazanes y que buscasen la flor que había de curar su invencible melancolía. Y prometió, delante de toda su corte, que aquel de sus hijos que trajese la flor azul, heredaría su cetro y su corona de oro, su manto de armiño y púrpura, y los viejos libros en donde está escrita toda la sabiduría, y reinaría sobre sus vasallos.

Los dos príncipes cabalgan, salen por la puerta del gótico alcázar como el vendabal, y caminan por el mundo a la ventura. El primogénito camina por las ásperas sierras, siempre peñas arriba, buscando la aspereza bravía que anhelaba su alma. Y su hermano menor baja de las sierras al llano, añorando la tranquila placidez de los verdes valles, acordes con la poesía de que estaba lleno su corazón. A aquél lo guían la Ambición y la Envidia; a éste el Amor. . .

La Envidia conturba y pierde por las ásperas montañas al príncipe celoso de su hermano. El Amor aclara el entendimiento y

enseña el camino real, llano y sin tropiezos, al príncipe que amaba a su hermano primogénito.

Y vinieron las tinieblas tras el día luminoso y la tierra fué envuelta por densa oscuridad. Pero una luz blanca guiaba al rubio infante y a su alazán por el camino que conducía al llano. Y las tinieblas ofuscaron y extraviaron por barrancadas y bosques al primogénito del rey.

Llegó el buen príncipe, que amaba a su hermano, a donde brillaba la luz blanca y vió a un leñador en su choza, aderezando su cena.

—Buen hombre, buen leñador—le dijo—¿me diríais dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de tristeza y una hada manda que le lleve el lirio que ha de curarle.

—Sigue, príncipe, el camino real—le contestó el leñador—¡No te apartes jamás de él! ¿Ves aquella luz, verde como la esperanza? Ella teguiará. . . Cuando llegues a esa luz, verás junto a ella una viejecita hilando su copo: interrógala. La viejecita te indicará el camino que has de seguir.

—Gracias, buen leñador. Dios os premiará y el rey os pagará.

Y camina que te camina, que pronto llegarás, pasa puentes y montañas, sin dejar nunca el camino que conduce a la planta.

Y llega a la luz, verde como la esperanza de sus ensueños, y pregúntale a la vieja que hilaba:

—Buena mujer, ¿me diríais dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de tristeza y una hada manda que le lleve el lirio que ha de curarlo.

—Sigue, príncipe, el camino real. . . ¡No te apartes jamás de él!—le respondió la mujer—¿Ves aquella luz azul como el cielo? Ella te guiará. . . Cuando llegues, verás junto a ella una hada joven y hermosa como el Amor, regando las flores del jardín de la Dicha. El hada te dirá dónde crece la flor que sanará al sabio y buen rey tu padre.



—Gracias, buena mujer. Dios os premiará y el rey os pagará.

Y camina que te camina, que pronto llegarás, pasa puentes y gargantas, precipicios y montañas, sin dejar nunca el camino que conduce al llano, y llega a éste y al palacio del hada de la dicha. Y la lucecita azul como el cielo, era la luz del día, que surgía por Oriente al encuentro del buen príncipe. Y el príncipe pregunta al hada que regaba las flores del jardín del Amor:

—Buena hada, ¿me diríais dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de tristeza y una hada manda que le lleve el lirio que ha de curarlo.

—Sigue, príncipe, el río que besa los muros de mi alcázar y pasa el puente de piedra: apéate en la opuesta ribera; baja a la orilla misma del río, nombrado *Río de Arenas*, y allí en encontrarás, hundidos sus raíces y sus tallos en el agua pura y cristalina, el lirio azul que cura las dolencias del alma. Coge dos flores: guarda una en tu pecho; cabalga llevando la otra en la diestra; vuelve al palacio del sabio y buen rey tu padre y él sanará llevando la flor del lirio sobre su corazón.

—Gracias, buena hada. Dios os premiará y el rey os pagará.

—Escucha aún, buen príncipe: no te desesperes si la Ambición y la Envidia te salen al camino; no dudes aunque llegues al mar-tirio... Ten fe en Dios, en mí y en la milagrosa flor... Ten también fe en tí mismo, y la fe te salvará y sanará el corazón del rey.

Y el buen príncipe dobla la rodilla, besa la mano del hada, blanca como la nieve y pura como la mística azucena, cabalga y se aleja pensando que es el hada muy hermosa; de un azul de hechizo la luz de sus ojos y de una dulzura incomparable su voz. Y cuanto más se aleja, más hondo se clava el dardo amoroso en su corazón, virgen aun de amores...; y piensa que si tuviera que buscar el lirio que cura las dolencias del alma, para el rey que muere de tristeza, él se quedaría, para siempre, en el palacio del hada.

Y siguió el curso del río, y llegó al puente de piedra, obra de gigantes, se apeó en la ribera opuesta, cuajada de lirios que surgían como verdes sonrisas de esperanza en la misma orilla de la corriente clara y rumorosa. Pero los lirios estaban sin flor y el príncipe quedó sorprendido y maravillado. Y con los ojos cuajados con las perlas de su llanto, clamaba al cielo:

—¿Cómo sanará el sabio y buen rey mi padre? ¡Buena hada, acudíme, que el rey morirá si no le llevo la flor del lirio que cura las dolencias del alma!

Y de la misma orilla del río, de entre las verdes matas de lirios sin flor y la corriente diáfana y rumorosa, surgió el hada de los ojos azules y la voz dulcísima. Y mirándole con el suave fulgor de sus ojos de cielo, hablóle con el hechizo de su voz, dulce como miel de abejas, mostrándole en sus manos de azucena, dos floridos lirios azules como dos jirones del cielo.

—Toma, buen príncipe, y corre al palacio donde gime el buen rey tu padre. Esconde esta flor en tu pecho, libre de envidia; lleva

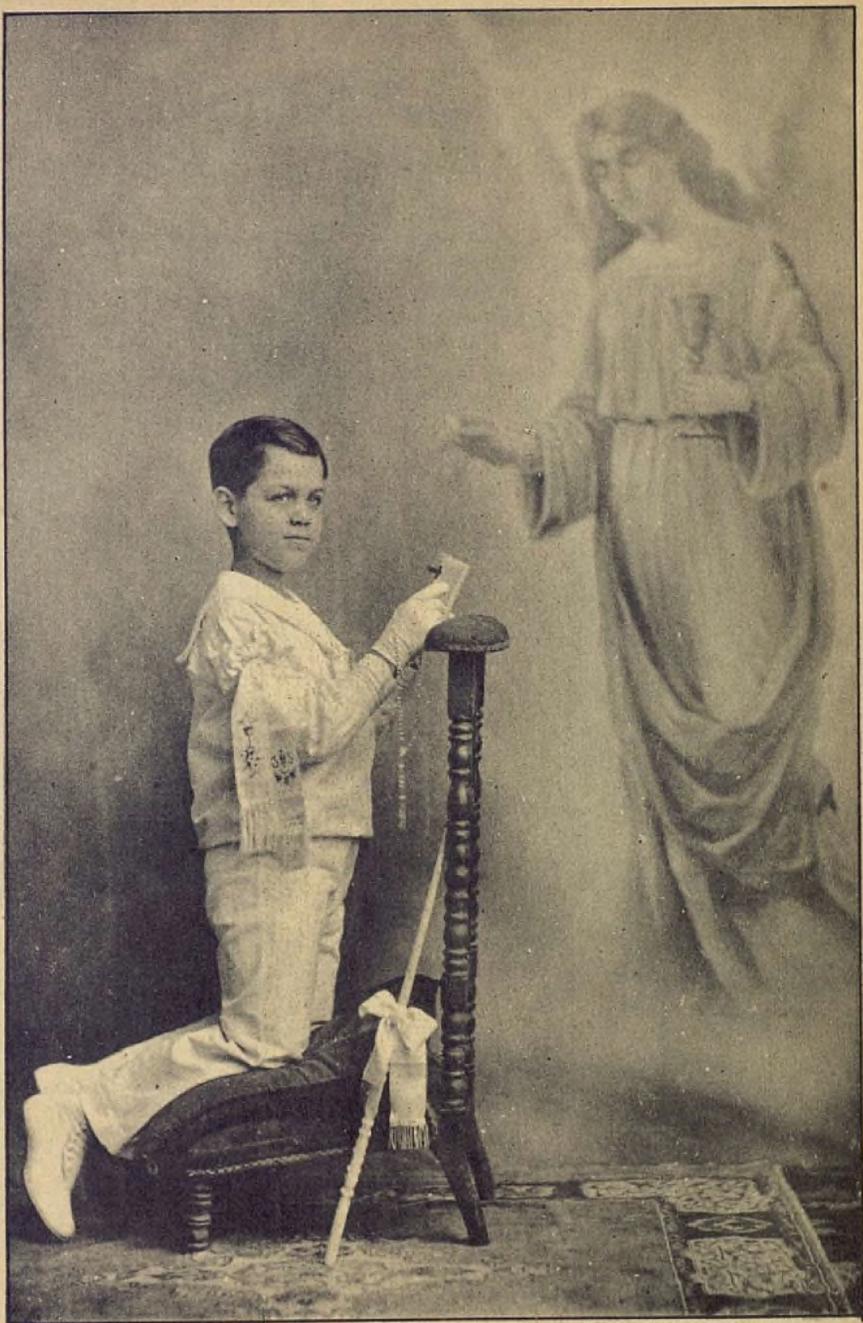
esta otra en la mano y camina . . . y camina a tu martirio, que será tu gloria. Yo soy el hada que fué al palacio del rey tu padre a curarle la dolencia del alma; yo era la luz verde como la esperanza, que te guió por las ásperas sierras durante la noche tenebrosa; fui también la lucecita azul como el cielo que te guió a mi palacio, y soy también el hada que regaba las flores del jardín del Amor, cuando llegaste a él. Te sé con sano corazón y puro pensamiento. Y sabe, buen príncipe, que la buena hada mi madre, que estuvo presente en tu nacimiento, predijo que serías rey, pero que no sería sin ceñir antes tus sienas la corona del martirio. . . Ve; sigue tu camino. Camina por la senda de tu destino: yo velo por tí. . .

Y desapareció. Quedóse el príncipe con las dos flores azules en sus manos puras de envidia, guardando en su alma el recuerdo del suave fulgor de los ojos de hechizo y el eco de la voz dulce, dulcísima, del hada hermosa.

Y le sacó de su ensueño de amor, un caballero que en un caballo, negro como la Muerte, cruzaba el puente y venía hacia



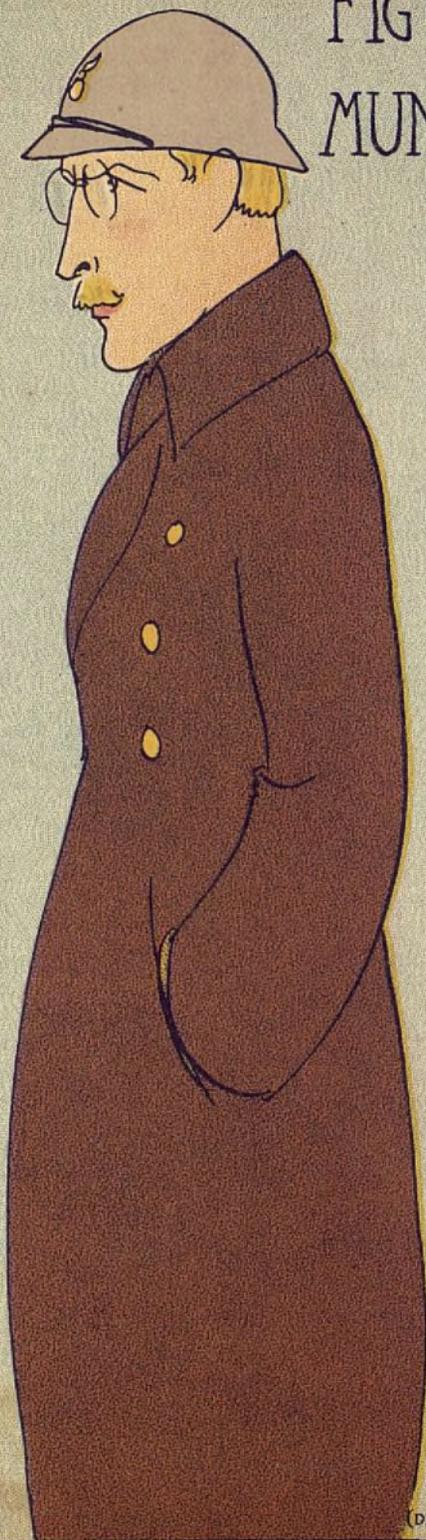
IP
PATRIMONIO



Pepin Marimón
(Del Vedado)

Fot. Colominas y Co.

FIGURAS MUNDIALES



EL REY
ALBERTO I
DE BELGICA

massaguer
1919

(DIBUJO DE MASSAGUER)

él. Y guardó una flor en su pecho, junto a su corazón, como había mandado la buena hada, y teniendo la otra en la diestra, cabalgó y esperó.

Y se encontraron los dos hermanos junto al puente famoso de *Río de Arenas*. Porque el caballero que venía vestido con negra armadura y cabalgando sobre negro potro, era el príncipe primogénito del sabio y buen rey, a quien guió la Ambición por las ásperas sierras; y que bajaba al llano, después de buscar vanamente por aquéllas el lirio que cura las dolencias del alma.

Y el príncipe, su hermano, no le reconoció al pronto, porque sus armas de bruñida plata eran negras como la Noche; y hasta su bravo alazán habíase tornado negro como la Muerte, que tanto es el poder de la Ambición desmedida y de la Envidia sin freno.

Y el príncipe negro vió que su hermano tenía el lirio milagroso en la diestra y que otro no florecía en la ribera; y fué a él y lo mató, hundiéndole su negra espada en el pecho, y le quitó el lirio; y cavando una fosa con sus uñas de diablo, enterró al inocente príncipe bajo el puente, en las arenas del río.

Pero como lo enterró de prisa y con miedo en el corazón, al echar con sus zarpas montones de arena sobre el cuerpo del príncipe su hermano, el fratricida dejó, mal tapados a flor de tierra, algunos rizos de la rubia y sedosa cabellera, que milagrosamente comenzaron a crecer, cubriendo las removidas arenas de un espeso y verde cañaveral. Y al fratricida, lejos de asombrarle aquel prodigio, le hizo sonreír. . . Creía que el diablo le ayudaba a borrar las huellas de su crimen; lanzó una carcajada, que resonó sobre la tierra como la de Caín al ver caer muerto a Abel a sus manos, cabalgó y de prisa volvió al palacio del sabio y buen rey; entrególe el lirio y el señor sanó.

Pero ciertamente que toda la corte espera al buen príncipe, y el buen príncipe no vuelve al palacio. Y el rey manda a sus caballeros que lo busquen y lo traigan a su palacio. Y la reina, su madre, llora la ausencia del hijo amado, sin ocultar su llanto. Pero el sabio rey esconde sus lágrimas. . . ¡que es hombre y es rey!

Y los caballeros de la corte salieron y no lo encontraron en la sierra ni en el llano ni en parte alguna. . . Y ya retornaban desesperanzados cuando, al pasar en sus caballos por el puente de *Río de Arenas*, vieron a un pastorcito sentado junto a un cañaveral, abstraído en su labor de cortar una caña para hacer una planta.

Y los caballeros detuvieron sus caballos. Y uno de aquéllos se apeó, acercóse al pastor y le preguntó por el hijo del rey. Y el pastorcillo se puso a tocar el caramillo y de éste salió una voz quejumbrosa que cantaba:

—Pasa, pasa, buen pastor;
pasa, pasa y no me nombres
que me han muerto en Río de Arenas
por la flor del lirio azul.



Y al oír la voz del príncipe que sonaba dentro de la flauta, en su dulce lengua nativa, llevaron al pastor al palacio del rey, al cual dijeron que no sabían del príncipe más que lo que la flauta del pastor lloraba y cantaba.

Y el rey hizo sonar la flauta y la voz doliente decía:

—Pasa, pasa, buen pastor;
pasa, pasa y no me nombres
que me han muerto en Río de Arenas
por la flor del lirio azul.

Y toda la corte, llevando al rey sabio y bueno al frente, y al pastor con su flauta al lado, y al primogénito entre sus caballeros, se encaminó a *Río de Arenas*; y el leñador y la vieja les guiaron; llegaron al puente; lo pasaron, y detuviéronse todos junto al cañaveral. Y una vez allí, sonaron el rey, y el pastor, y los caballeros la flauta que lloraba y cantaba su triste queja.

E hicieron tomarla al príncipe fratricida, asesino por envidia, y el instrumento no sonó. Y el señor rey tornó a mandar a su primogénito que la tocara, y la flauta no sonaba.

Y en tonces todas las cañas del cañaveral, movidas por la brisa marina, sonaron con dulce música, y entre ella una voz dulce y apagada lloraba y cantaba:

—Pasa, pasa, mal hermano;
pasa, pasa y no me nombres
que me has muerto en Río de Arenas
por la flor del lirio azul.

Y toda la corte y el rey miraron fieramente al asesino por envidia, y allí mismo maniataron al fratricida, que temblaba de remordimiento.

Y buscaron el cuerpo del buen príncipe entre las cañas; y al tocar éstas el sabio y buen rey, se convirtieron en los rubios cabellos del hijo amado y perdido... y éste surgió de la fosa, llevado de la mano por el hada de los ojos azules y voz dulce como miel de las abejas.

Y como ésta contó al señor rey la historia de la flor del lirio azul, y vieron ser verdad, porque el buen príncipe llevaba aún la otra flor escondida en el pecho, todos querían que el príncipe asesino fuese muerto y enterrado en la misma fosa que él abrió para su hermano. Pero éste no quiso.

Y el rey quería que fuese cargado de cadenas y encerrado, vivo por toda la vida, en un castillo desierto. Pero el buen príncipe no quiso... y le perdonó de todo corazón y mandó que le dejaran libre. Así lo hicieron... y el fratricida montó en su caballo negro como la Muerte y salió de la presencia del rey y de su reino. Y por el mundo camina, hostigado por la Envidia y espoleado por la Ambición, aún furioso y mal contento... cruzando sierras, atravesando valles, buscando la flor del lirio azul que cura el mal de envidia, sin

encontrarla nunca. Que este mal de la envidia no lo cura la flor del lirio ni otras flores de este mundo, ni tal vez del otro...

Y la corte, el rey, el buen príncipe y el pastor con su flauta volvieron contentos al palacio, guiados por la hermosa hada, y en contraron a la reina y buena madre, llorando de alegría por el retorno del hijo amado y de pena por la maldad del hijo ausente.

Y el buen príncipe, que tenía henchido de amor el corazón, casó con la hada de ojos de azul de hechizo y reinó, cuando de mal de vejez murió el sabio y buen rey, entregándole al morir su cetro y corona de oro, su manto de púrpura y armiño, y los viejos libros en los cuales estaba escrita toda la sabiduría.

Y vivieron, largos años, felices el buen príncipe y la hermosa hada; y tuvieron muchos y nobles hijos, y ninguno de ellos padeció de mal de envidia, porque eran sanos y limpios de corazón...

* * *

Y aquí acaba la leyenda del lirio azul.

Loado sea el nombre de Dios, señor de señores, rey de reyes...

Amiga del hombre es la sabiduría, y su enemiga la locura...

Cuando a otro haces mal, a tí mismo lo haces...

(Adaptación hecha expresamente para PULGARCITO.)

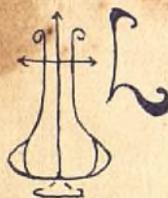


LA NIÑEZ DE LOS HOMBRES CÉLEBRES

VERDI



El célebre compositor italiano José Verdi, autor de *Rigoletto*, *Aida*, *Traviata* y otras óperas no menos notables.



A niñez de este célebre compositor italiano autor de *Aida*, *Rigoletto*, *Traviata* y otras muchas óperas que hoy se cantan en principales teatros del mundo, fué casi un pequeño cuento de hadas. Hijo de una pobre familia de labradores que vivía en Roncole, provincia de Parma, nació el día 9 de octubre de 1813. Rodeaba a la estrecha casita donde habitaban, un paisaje encantador, y los bosques cercanos parecían un teatro propio para que en él se desarrollasen escenas de esos bellos cuentos en donde una viejecita que pide limosna resulta ser un hada buena capaz de hacer los más grandes milagros. Ante esos bosques, corriendo por las verdes praderas en compañía de alegres muchachos de la vecindad, pasó Verdi sus primeros años. Cuando tenía cinco o seis años, uno de sus grandes entretenimientos consistía en asistir todos los domingos a la misa celebrada por la iglesia de la parroquia, donde él se deleitaba oyendo las melodías con que un músico pobre y desconocido arrancaba a las viejas cuerdas del órgano. Entonces tuvo un gran deseo: ser como aquel organista.

Un año después su padre lo envía a hacer sus primeros estudios en la escuela municipal de aquella comarca. La escuela estaba situada a ocho kilómetros de donde él vivía. Allí Verdi demostró ser un niño muy bueno y muy estudioso. Con su trajecito de aldeano, risueño, pensando a veces en que se encontraría tal vez

con una hada buena, Verdi—que se llamaba José—recorría todos los días esos kilómetros. Un buen día, por la noche, estando la familia Verdi reunida, conversando después de comer, el niño Verdi, que andando el tiempo iba a ser glorioso compositor, se acercó a su padre y le explicó cuán grandes eran sus ansias de aprender la música.

—Somos pobres;—le contestó su padre, pensando con dolor en que tal vez no podría complacerlo—pero, en fin, yo haré todo lo posible por atender tu deseo.

Verdi se acostó esa noche contentísimo. Pasó algún tiempo; y una tarde su padre lo llamó y le dijo:

—Por fin, vas a tener lo que deseas: tendrás un profesor de música.

—¿Quién será?—preguntó con ansiedad el niño Verdi.

—Provesi.

—¡Provesi!

Al niño le parecía todo aquello un gran sueño; y repetía, alegremente, el nombre de su futuro profesor, que era el organista de la iglesia de Bussato y un notabilísimo contrapuntista.

El padre de Verdi, por su parte, se sintió también muy contento esa noche. Había tenido que hacer muchos sacrificios para atender el buen deseo de su hijo; pero... él también soñaba y le parecía—¡se lo decía su corazón de padre amantísimo!—que su hijo sería una gran figura dentro del arte.

Al día siguiente emprendió Verdi su aprendizaje. Para ello fué con su padre a una tienda de objetos usados, y allí se adquirió un antiguo clavicordio, instrumento muy parecido al piano, y que se usaba cuando estos todavía no se conocían. ¡Con cuánto entusiasmo empezó a estudiar Verdi! Provesi se maravillaba de los rápidos adelantos del aldeanito, que al poco tiempo de haber comenzado a estudiar comenzó a ensayarse en el órgano. Dicen cuantos han contado la vida de Verdi que tenía ocho años y ya le dominaba la pasión por la música.

En aquella época había en Bussato una casa donde diariamente se tocaba el piano y se cantaba. Verdi se enteró; y como la música se oía muy bien de la calle, él se ponía rondar por allí hasta que empezaba el concierto, quedándose horas y horas como petrificado ante la ventana de la casa. Allí vivía un negociante muy rico llamado Barezzi, el cual era muy aficionado a la música y sabía tocar varios instrumentos, menos el piano que había sido comprado para su hija. Todas las noches visitaba la casa un amigo que lo tocaba muy bien; y a él era a quien el aldeanito se ponía a escuchar desde la calle.

Tan constante era Verdi en ir a oírlo, que Barezzi al fin se

fijó en él; le fué simpático, y un día hizo como que se encontraba con él, y le preguntó:

—¿Qué haces aquí, hijo mío?

A lo cual el aldeanito respondió riendo:

—Oigo la música, señor.

—¿Te gusta la música?

—Mucho señor; yo también toco un poquito.

—Entonces, entra y estarás más cómodo; y ven todas las noches si quieres.

Barezzi tuvo entonces ocasión de conocer a fondo el carácter del niño y su vocación. Pronto se sintió atraído por el aldeanito, y llegó a quererlo con un afecto verdaderamente paternal.

Vivió entonces Verdi una temporada feliz, entregado a su gran amor de la niñez: la música. Barezzi seguía sus estudios con interés. Y llegó el momento de ir a la Universidad de Parma, para allí seguir esos estudios. Pero... ¡oh dolor!... su padre ya no podía más, los recursos escaseaban; y así se lo escribió a Verdi. ¿Qué hacer? Volver al lado de su padre a Roncole, era olvidar todo lo aprendido y ser, como él, labrador. Pero el aldeanito tomó una resolución: no ir. Se acordó de que el Monte de Piedad de Bussato concedía todos los años una pensión de veinticinco francos mensuales a los cuatro alumnos más sobresalientes de la escuela municipal que desearan perfeccionar sus conocimientos; y en el acto solicitó una, la cual le fué concedida. Mas un nuevo problema le salía al paso: necesitaba más dinero para poder trasladarse a Milán y allí disfrutar de la pensión. Barezzi, que fué para él una especie de hada buena, le dió el dinero y lo ayudó en todo. Tenía entonces Verdi doce años; y cuando partió para Milán, ya tenía hechas algunas pequeñas composiciones...

Cuando llegó a Milán, se encuentra con que tiene que sufrir un examen. De él no sale victorioso, pues el Jurado, que no comprende su genio, lo declara inepto para la música. El conservatorio le cerraba las puertas; pero él no se daba por vencido. Se fué a ver al director de orquesta del célebre teatro de la Scala, llamado Rolla, el cual le aconsejó que estudiase por su cuenta, y le recomendó al profesor Lavigna. Verdi aceptó entusiasmado el consejo, y estudió así por espacio de tres años. ¡Tres años de luchas y de afanes, que deben servir de ejemplo a todos los niños! No iba a ningún paseo; no se ocupaba de nada que no fuesen sus papeles de música. Estando enfrascado en sus estudios, un día le llegó una carta de Barezzi, el cual le decía que Provesi, su primer profesor, había muerto; y que él, Verdi, podía volver a Bussato, pues había sido nombrado para sustituirlo. También le decía que le daba por



El niño Verdi tocando en casa de su protector Barezzi.

esposa a su hija. Verdi ya empezaba a ser conocido en los círculos artísticos. Volvió a Bussato, se casó, tuvo dos hijos que murieron poco tiempo después, lo mismo que su esposa, pero más tarde conquistó la gloria que su genio y su bondad de corazón merecían.

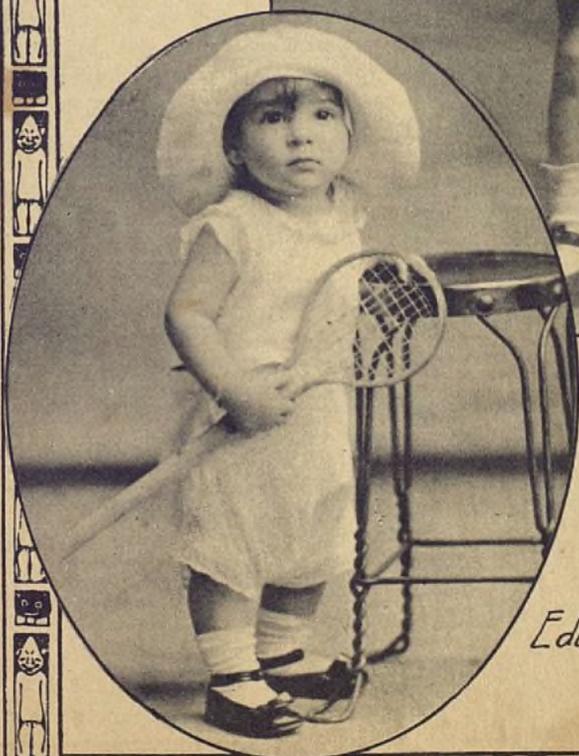
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

UNA GATA HUMANITARIA



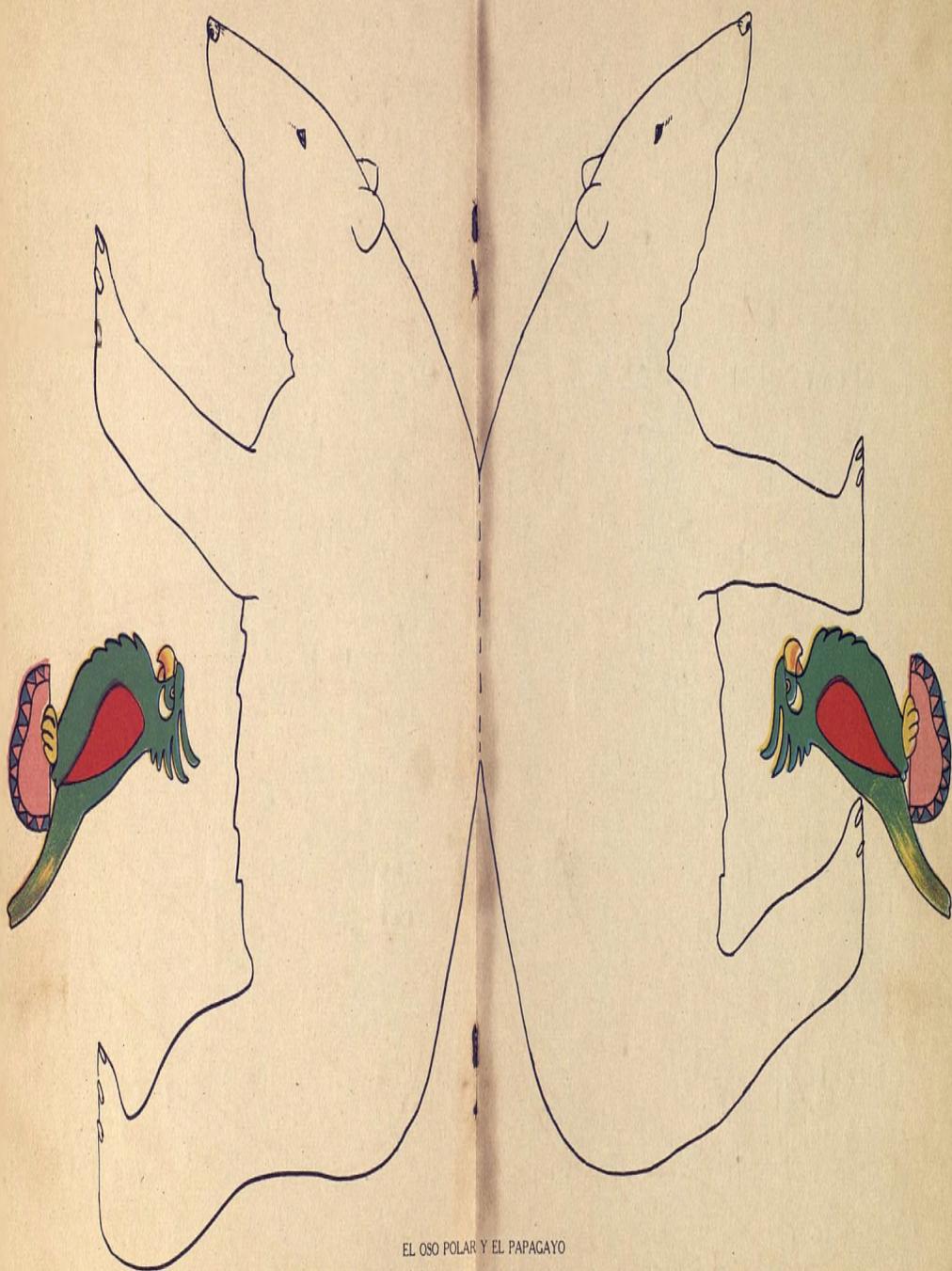
Se ha hablado mucho de los rasgos de caridad o de buen corazón que tiene el hombre. Según parece esta cualidad existe también en algunos animales. Y un bello ejemplo de esto, puede ser esta hermosísima gata, digna compañera de los otros gatos de que hablamos en el número anterior de PULGARCITO, porque se le pasean por encima pájaros y ratones. Esta gata—que pasará a la posteridad como un ejemplo elogiado por pájaros, ratones y demás animales que pudieran ser víctima de sus garras y sus colmillos—ha nacido en Francia; y acerca de ella se han hecho numerosos comentarios pues es un caso muy original entre los de su especie.





Gloria Vignier
(De la Habana)
Fot. Nuñez.

Eduardito Villegas y Jirón
(De la Habana)
Fot. Colominas y Ciz.



EL OSO POLAR Y EL PAPAGAYO

Recótese ambas figuras, péguense los lados, uno contra otro, dejando despegadas las patas, de manera que el oso pueda caminar y el papagayo monte sobre él.

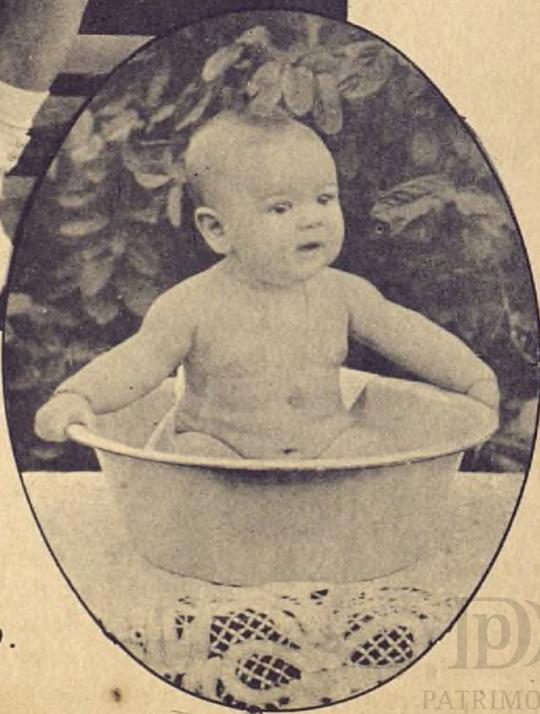


PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



*Celi Fernández y
Xiqués
(De Güines.)*



*Dionisio Ravelo.
(De Chaparra)*

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL



LOS CLÁSICOS DE LA INFANCIA

EL LIBRO DE LAS MIL Y UNA NOCHES



QUIEN es el autor de este libro interesantísimo y que, sin duda alguna, no existe niño o niña que no lo haya leído? Su origen como el de otros muchos libros antiguos apenas si se conoce. Está formado por una serie de cuentos populares, debidos, en gran parte, a la imaginación de escritores árabes cuyos nombres la posteridad ha olvidado por completo. Los eruditos, o sean esos hombres estudiosos que gustan de descifrar viejos manuscritos o antiguos documentos, aseguran que esos escritores tomaron por modelo para componer dicho libro una colección de cuentos muy parecidos publicada en Persia bajo el título de *Los mil y un días*. Dicen que de este libro, hoy perdido, pero del cual existen referencias en documentos de los siglos noveno y décimo, se tomó en primer lugar el argumento principal, o sea el hecho de que la bellísima Schaharazada sea quien narre los cuentos ante el Sultán envejecido, triste y cansado. . .

Muchos de esos cuentos persas fueron traducidos y adaptados al árabe; y el libro, además, creció más y más a medida que esos escritores le fueron introduciendo y añadiendo historietas originales. De todo esto, resultó un libro encantador, que se hizo muy popular entre los árabes y los países con los cuales ellos mantenían amistad y comercio. Pero el libro en sí, no era un libro para niños, sino para personas mayores, las cuales hallaban en él morales enseñan-

PATRIMONIO

zas o páginas de una chispeante alegría. En Europa no se conocía este libro, no obstante hacer referencia a él, la mayor parte de los viajeros que tocaban en las costas orientales. El libro no se conoció, no se leyó, hasta que a uno de esos viajeros, el célebre arqueólogo y orientalista francés Antonio Galland se le ocurrió traducirlo y adaptarlo al idicma, usos y costumbres de su patria, al principios del siglo dieciocho. Pero Galland no tradujo todo el libro; y además hizo de la adaptación una serie de historietas encantadoras, muy propias para los niños, los cuales amaron desde entonces este libro delicioso. Posteriormente el conocido doctor Márdrus, árabe de nacimiento e hijo de una noble familia de musulmanes, tradujo el libro por completo; mas, como es natural, el libro se hizo algo incomprensible para los niños, los cuales deben preferir siempre, mientras sean pequeños, la antigua y conocidísima traducción de Galland . . .

En cuanto al libro en sí, el argumento principal consiste en presentar a un célebre rey de la India que, en virtud de una serie de acontecimientos que no son del caso relatar, se propuso matar a todas sus esposas. Esta especie de Barba-Azul de la antigüedad, no bien hacía matar a su última esposa, se casaba de nuevo con otra de las jóvenes de su reino. Se casó tantas veces y mató a tantas mujeres, que llegó un momento en que casi no pudo encontrar una nueva esposa. En esto, una de las hijas de su Primer Secretario, se decidió a casarse con él, resuelta a terminar con tantos crímenes. El padre, muy apesadumbrado, consintió al fin en el matrimonio; las bodas se efectuaron; y ¡cuál no sería la sorpresa de sus súbditos al ver que la nueva esposa, la cual se llamaba Schahrazada, no había sido degollada por los verdugos del rey! ¿Qué había hecho la nueva esposa para evitar ser una nueva víctima? Pues algo muy sencillo y muy original: pasarse las noches contando al rey una serie de entretenidas y divertidas historietas que mantuvieron suspensa su curiosidad por espacio de mil y una noches, pues ella enlazando unos cuentos con otros, cuidaba de que siempre quedase la historia a la mitad, y el rey, por saber el final le concedía cada día la vida hasta la noche siguiente . . .

En ese tiempo el rey aburrido y tiránico, tuvo con la bella Schahrazada, tres hermosísimos niños, los cuales fueron un nuevo encanto para él, que lleno de alegría ordenó a sus verdugos que no la matasen. Vivió con ella y sus hijos en plena felicidad; y, como un homenaje a la bella e inteligente Schaharazada, ordenó que se escribiera cuanto le había sucedido con la nueva esposa, así como que se difundieran por todo el país las bellas historias contadas por ella cada noche bajo los suntuosos cortinajes de su maravilloso palacio.



Mario, Emilio, y Julio Cancio Bello y Radillo.
Fot. Colaminas y Cia. *(De la Habana)*

LA SEGUNDA HISTORIA DE LAS SIETE QUE CONTO A SINDBAD EL CARGADOR, SINDBAD EL MARINO

(Cuento adaptado, expresamente para PULGARCITO, del libro auténtico de Las mil y una noches)

Sindbad el cargador, se sintió un día muy cansado de la dureza de su trabajo, y se sentó ante la puerta de un gran palacio, dando grandes suspiros y quejándose de su suerte. Lo oyó el propietario de dicho palacio, y ordenó a sus criados que hiciesen pasar a aquel hombre; le dió de comer, lo obsequió muchísimo, y después de la opípara comida se puso a conversar con él y sus amigos. Sindbad, el cargador, contó algo de su vida; y entonces el propietario del palacio, que también se llamaba Sindbad y había sido marino, le dijo:

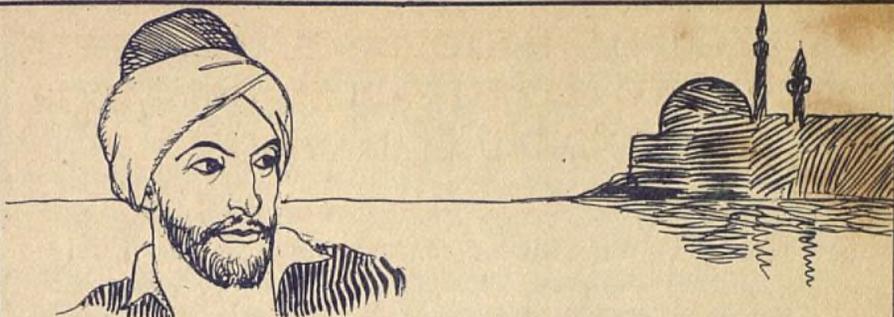
—¡Oh cargador! Sabe que yo también tengo una historia asombrosa, y que me reservo el derecho de contarte a mi vez. Te explicaré, pues, todas mis aventuras que sufrí antes de habitar este palacio. Porque sin duda ignoras los siete viajes extraordinarios que he realizado.

Después Sindbad el marino se acomodó en su silla, hizo algunos breves comentarios acerca de la vida, y comenzó a contar su historia. La primera que contó fué, cómo él, —ya escaso de dinero por haber dilapidado la fortuna que su padre le dejó— se decidió a emprender un viaje para vender diversas mercancías. En ese viaje se apé en una isla que después resultó ser una ballena sobre cuyo lomo, merced a la arena, habían crecido árboles. Cuando lo supo, no pudo huir a tiempo; y escapó milagrosamente en una especie de tina que encontró a mano, yendo a parar a una verdadera isla, de donde salió, después de varias aventuras, en el mismo barco en donde hacía su primer viaje, volviendo a su país cargado de riquezas. Dichas riquezas las dilapidó bien pronto; y entonces emprendió un nuevo viaje parecido al primero.

Salió con muy buen tiempo. Fué tocando en todas las islas que halló a su paso; y así llegó a una "muy hermosa, cubierta de frondosos árboles, abundante en pájaros, regada por aguas puras", pero en donde no había ninguna vivienda. . . .

Sindbad el marino se acomodó de nuevo en su sillón y siguió narrando así las peripecias de su segundo viaje:

—El capitán accedió a nuestro deseo de detenernos unas horas allí, y echó el ancla junto a tierra. Desembarcamos en seguida, y fuimos a respirar el aire grato de las praderas sombreadas por



árboles cubiertos de aves. Llevando algunas provisiones, fui a sentarme a orillas de un río, resguardado del sol por ramajes frondosos. Una brisa suave invitaba al reposo. Me tendí en la yerba, y se apoderó de mí un sueño profundo. Cuando desperté no ví ya a ninguno de los pasajeros, y el navío había partido sin que nadie se enterase de mi ausencia. En vano miré a todas partes: no distinguí a nadie en la isla. A lo lejos se alejaba por el mar una vela que muy pronto perdí de vista.

Entonces quedé sumido en un estupor sin igual. ¿Qué desastre iba a ocurrirme de nuevo? Ante tan desconsoladores pensamientos, exclamé llorando:

—¡Pierde toda esperanza Sindbad el marino! Si la primera vez saliste bien del apuro, no creas que ahora te ocurrirá lo mismo.

Pero como al fin comprendí que eran inútiles todos mis lamentos y mi arrepentimiento demasiado tardío, resolví conformarme con mi desgracia. Me levanté; y después de haber andado sin rumbo, tuve miedo de encontrarme con algún animal salvaje, o algún enemigo desconocido. Me subí entonces, a un árbol, desde donde me puse a observar con más atención a derecha y a izquierda; pero solo distinguí el cielo, la tierra, el mar, los árboles, los pájaros, la arena y las rocas. Sin embargo al fijarme con más atención en el horizonte, me pareció distinguir un fantasma blanco y gigantesco. Atraído por la curiosidad me bajé del árbol; pero, atemorizado, fui avanzando poco a poco hacia aquel sitio. Cuando estuve más cerca, advertí que era una inmensa cúpula de blancura resplandeciente, ancha de base y altísima. Me aproximé aun más a ella, y le dí por completo la vuelta sin hallar una puerta de entrada. Entonces quise encaramarme en ella, pero era tan lisa y escurridiza, que me fué imposible subir. Hube de contentarme, pues, con medirla. Puse una señal sobre mi primer paso en la arena, y de nuevo le dí la vuelta contando mis pasos. Así pude saber que tenía una circunferencia de cincuenta pasos.

Estaba pensando en cómo podría entrar allí cuando ví que, de momento, desaparecía el sol. Creí que sería una nube inmensa que lo oscurecía, pero cuando levanté la vista ví un pájaro enorme

de alas formidables que volaba por delante del sol, esparciendo la oscuridad en la isla. Mi asombro fué mucho mayor, cuando recordé que los viajeros me habían hablado, en mi niñez, del *rokh*, pájaro de extraordinario tamaño que se encontraba en una isla remota, y cuya fuerza era tan grande que podía levantar a un elefante. Entonces pensé que aquello que yo había creído una cúpula, era simplemente un huevo de aquel pájaro. En efecto: al poco rato, el pájaro descendió y se posó encima del huevo como para empollarlo. Una de sus patas extraordinarias había quedado encima de mí, que me había acostado para ver si me libraba de él. Entonces se me ocurrió una idea: aquel pájaro podía servirme para salir de la isla; me incorporé un poco, desenrollé la tela de mi turbante, la doblé muy bien, y la retorcí muy bien para servirme de ella. La até muy bien por un extremo a mi cintura y el otro a una de las patas del animal.

Cuando amaneció, el pájaro levantó el vuelo, llevándome consigo. Volaba tan alto, que creí tocar la bóveda celeste. Después descendió rápidamente, sobre un sitio escarpado, por lo que me apresuré a desatarme, temeroso de ser de nuevo llevado por el aire. Lo conseguí bien pronto; y entonces vi que el animal gigantesco llevaba en el pico una enorme serpiente que allí había cogido, la cual se apresuraba a llevar para su nido.

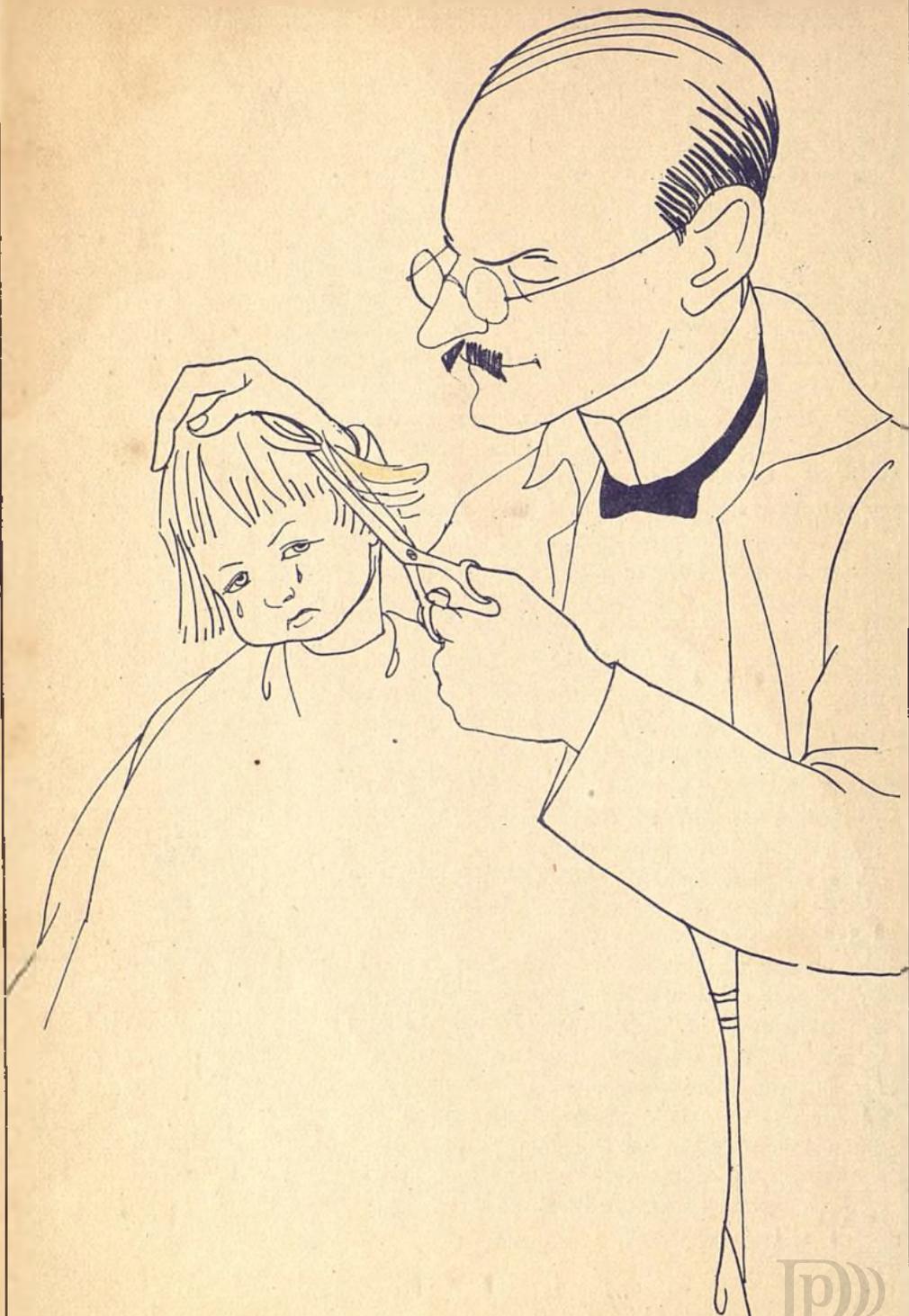
Muy conmovido por todo lo que acababa de sucederme, lancé, temeroso, una mirada en torno mío. Me encontraba en un valle ancho y profundo rodeado de montañas tan altas, que casi me era imposible mirarlas sin gran esfuerzo de mi cuello. ¿Qué hacer? una nueva desolación sentí allí. Pensé que cada vez se complicaría más y más mi aventura; y ya iba a levantarme de nuevo y maldecir el día en que se me ocurrió emprender este nuevo viaje, cuando observé que el suelo se hallaba cubierto de diamantes desprendidos de la montaña. Empezaba a mirarlos con interés y a forjar planes diversos, cuando un nuevo espectáculo me llenó de horror: allí no muy lejos estaban los guardianes de este fantástico tesoro; eran innumerables serpientes negras, más gruesas y mayores que las palmeras, y cada una de las cuales muy bien podría devorar a un gran elefante. En aquel momento empezaban a metrese en sus cuevas; pensé entonces en comer algo; y me escondí en una gruta que al fin hallé por aquellos alrededores. Me acomodé después con ánimo de dormir, y resuelto a esperar el nuevo día para ver si tenía en él mejor suerte. Iba ya a acostarme, cuando distinguí a pocos pasos un gran bulto que en la semioscuridad me pareció una roca. Pero una nueva sorpresa me esperaba: la roca se movía. Y . . . ¡cual no sería mi asombro al ver que la roca era nada menos que una de aquellas serpientes! Salí de allí apresuradamente,

pensando en mi triste Destino. Miré a mi alrededor, y de repente ví caer algunos pasos delante de mí, un gran trozo de carne. Aturdido alcé los ojos para ver de donde provenía. No vi a nadie. Entonces me acordé de cierta historia oída cuando niño y en la cual se contaba cómo los buscadores de diamantes, que no podían bajar a aquel valle, mataban varios carneros y lanzaban grandes pedazos de carne en los cuales, al caer, se incrustaban innumerables diamantes; la carne permanecía allí hasta que uno de esos pájaros, enormes como el que allí me había llevado, bajaba a cogerla. No bien ascendían, los buscadores, que estaban arriba, azoraban con gritos y piedras al animal, el cual, muy asustado, dejaba caer su presa para volar mejor. Los buscadores recogían el pedazo de carne y sacaban de ella los diamantes adquiridos de tan fácil manera.

Otra idea salvadora se me ocurrió no bien recordé esta historia: repetir lo que ya había hecho con el pájaro. Como lo pensé, lo hice. Me amarré fuertemente al pedazo de carne; y cuando uno

de los enormes pájaros, lo elevó en su pico, vi con satisfacción cuán feliz había sido mi idea. En efecto: no bien llegamos a las cumbres, ví a los hombres que hacían grandes gestos; y sentí cómo el pájaro abandonaba su presa, yendo yo a caer entre aquellos hombres, los cuales me recibieron asombrados y disgustados por aquel nuevo socio que se les presentaba de improviso. Pero yo había tenido la precaución de llenar mis bolsillos de grandes diamantes, algunos de los cuales se los ofrecí, convirtiéndose todos, de momento, en mis mejores amigos. Los hice ricos a todos, pues ellos jamás habían podido obtener diamantes tan grandes como los que yo había cogido.

Marché con ellos que no sabían cómo agasajarme. Me embarqué con ellos; y al cabo de un viaje bastante corto, durante el cual les conté mi aventura, desembarcamos en otra isla, en la cual ví entre otras cosas, "al espantable animal que se llama *karkadann*, y pace exactamente como pacen las vacas y los búfalos en nuestras praderas." El cuerpo de esa fiera es mayor que el de un camello; al extremo del hocico tiene un cuerno enorme en el cual se halla labrada una cara humana. Volvimos allí algún tiempo, respirando el aire embalsamado; cambié mis diamantes por oro y plata, y después regresé con mis nuevos amigos a esta querida ciudad de Bagdad, bella morada de paz, de la cual salí poco después de nuevo, en busca de nueva fortuna. . .

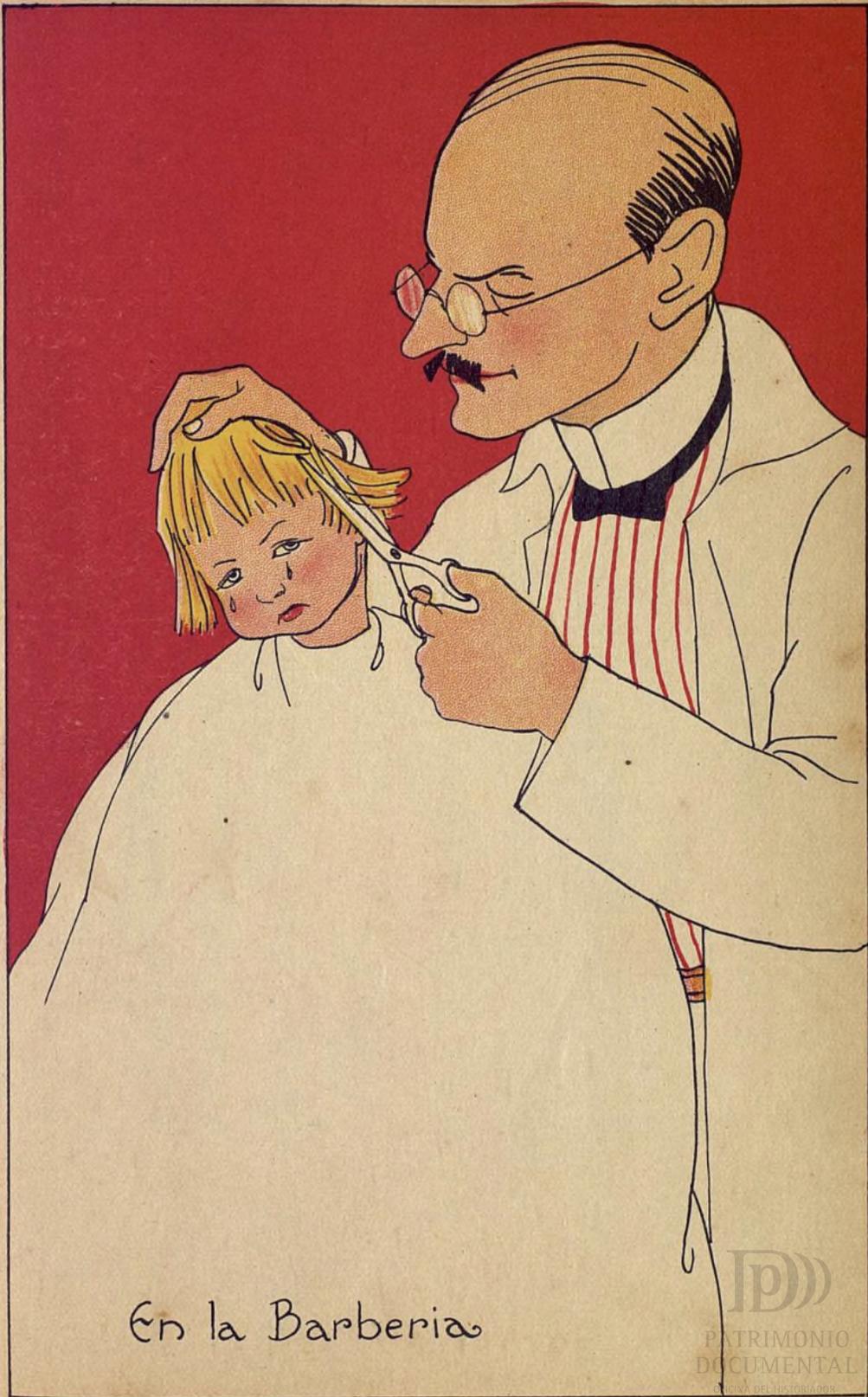


En la Barbería



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

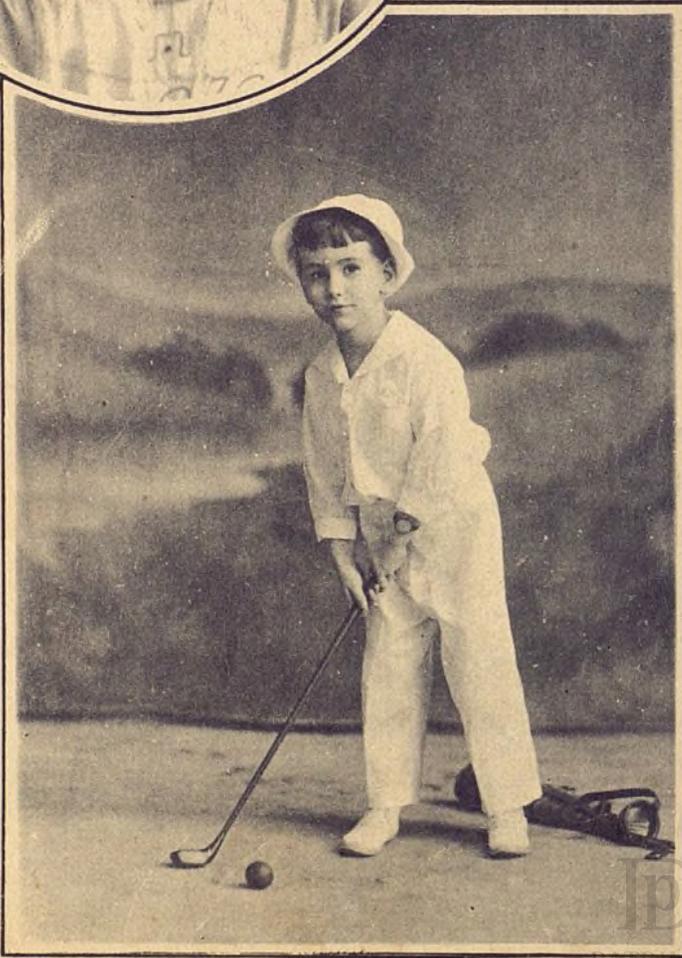


En la Barbería



Adelaida
Rodriguez.

Fot. Gispert.



Fernandito
Sotolongo
y
San Germán
(de la Habana)

Fot. Colominas y Co.

MODAS



¡Vivan los días de sol!

CON abril llegan los días cálidos, largos, luminosos; y con ellos los trajes alegres y sencillos, de telas claras y ligeras. Son dos enteramente blancos, de organdí el uno y de muselina bordada el otro, y adornados con alforcitas y encajes los dos; y muy graciosamente originales los que combinan con un traje azul vivo con camisolín blanco de mangas largas, una falda verde claro con cuello y canesú crema, y un vestidito de voile rosa con bieses de tela azul y botoncitos rosados sobre los bieses.

Eustasio de la
Cal y Herranz.
(De la Habana)



Mercedes Elena Camporredondo.
(De la Habana)

Fot. Handel.

DP

PATRIMONIO



NUESTROS AMIGOS LOS ANIMALES

EL CONEJO



POCOS animales son tan ágiles y tan graciosos como este. Con su piel suave, sus largas orejas inquietas y sus ojillos mansos, inspira simpatía inmediatamente que se le ve. Tiene unos bigotes largos como los de los gatos pero no pertenece a la misma familia. Es un animalito muy tímido, y vive en cuevas subterráneas en pleno campo, no muy lejos de las espesas arboledas. Habita en toda Europa en estado salvaje. Y el hombre, siempre insaciable, come su carne y utiliza su piel, especialmente para fabricar sombreros. . .

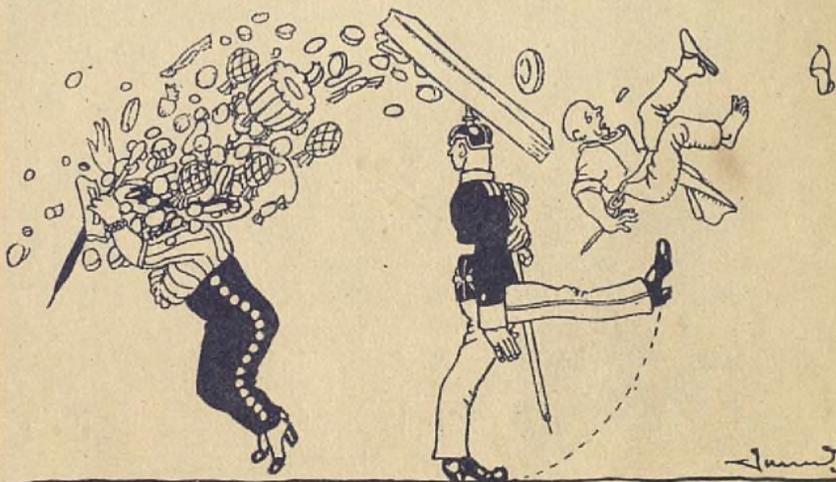
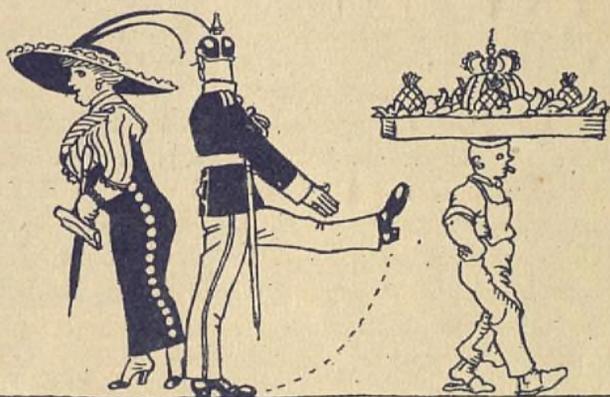
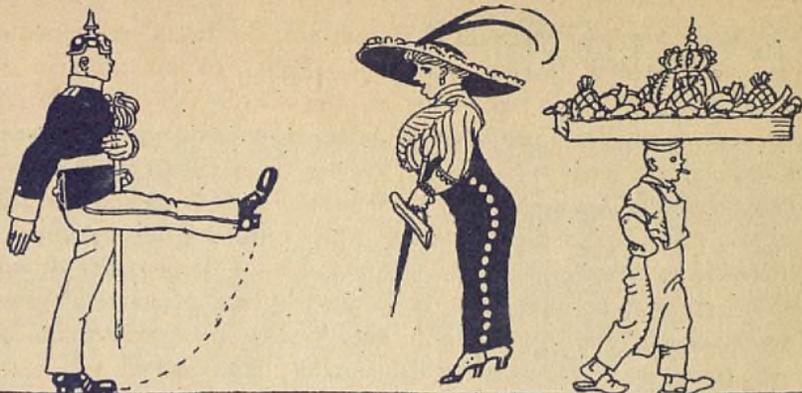
De la misma familia de la liebre, es maravillosa la rapidez con que corre. No hay nada más encantador que sorprender a uno de estos animales ya domesticados escapados de la conejera y entrar en un sembrado de coles, de lechugas o de rábanos. Hace mil piruetas, corre, da vueltas, escarba y devora golosamente los tiernos repollitos. Pero no hagáis ruido. El más ligero movimiento lo espantará en el acto. Desconfiado, asustadizo, si lográis cogerlo, poned cuidadosamente uno de los dedos junto a su corazón: veréis que palpita rápidamente y que un fugaz y repetido estremecimiento recorre su piel. . .

Nada hay más interesante, ni más sencillo, hasta cierto punto, que tener una cría de estos animalitos. Ponéis en una conejera un par; y al poco tiempo habréis tenido que añadir a esa primera conejera cinco o seis; y así sucesivamente. Por cierto, que las conejeras no deben ponerse a ras del suelo sino en alto. La conejera ideal debe estar a medio metro lo menos del suelo, teniendo por piso tan solo una fuerte tela de alambre. Los criadores de conejos han observado que con este sistema se evita que los desperdicios de comidas, etcétera, se estanquen en el piso, lo cual es muy peligroso para el animal que se echa sobre ellos y se ve bien pronto con las patas peladas por distintos lugares en los cuales les salen después llagas molestísimas. . .

La ciencia es un poco cruel con estos inofensivos animales.

Cuando quiere hacer algún experimento, los utiliza para ensayar y ver los resultados. Es muy corriente en los hospitales inyectarle aun conejo el virus de una enfermedad o de una epidemia, para ver todos los diversos aspectos que tiene y combatirla. Por lo cual el conejo sobre ser uno de los amigos más inofensivos, resulta ser uno de los que mayor utilidad prestan al hombre. Pero, no obstante, aunque la ciencia los someta a ese martirio en beneficio nuestro, aunque el hombre lo cace por placer, por divertirse, no lo miréis con desprecio. Pensad en que él también siente y padece y, en que una caricia o una actitud generosa, son para él algo así como un rayo de sol y una sonrisa.





INCONVENIENTES DEL PASO GIMNASTICO

(Nota cómica de J. Junceda.)

IPD
PATRIMON

PASATIEMPOS

No. 13.

Adivinanza.

Siempre quietas,
Siempre inquietas;
Durmiendo de día,
De noche despiertas.

* * *

No. 15.

Metátesis.

1 2 3 4 5 Vegetal.
5 4 3 2 1 Animal.

No. 14.

Charadístico.

1ª 2ª: Tiempo de verbo.
3ª 4ª: Divisiones geográficas.
Todo: Río de América.

* * *

No. 16.

Intercalación.

A NOTA VE

Las soluciones a estos pasatiempos deberán enviarse dentro de los quince días siguientes a la publicación del presente número, y con el nombre y dirección del remitente a

PULGARCITO

Concurso de Pasatiempos.

Cerro 528.

Publicaremos mensualmente los nombres de los que nos envíen soluciones, y cada tres meses regalaremos al niño o niña que mayor número haya enviado, un bonito premio, juguete o libro.

Soluciones a los pasatiempos del número de marzo:

No. 9: Nopal. Galón.

No. 10: Carnero.

No. 11: Látigo.

No. 12: Ce sola negra partida dentro de la gran de rota.



CUADRITO



Copyright 1894 by Franz Hanfstaeengl.

¿QUIEN VENCERA?, por Oreszn.



PATRIMONIO DE DOCUMENTOS



Teresa, Rosa y Gustavo Soday Larrañaga
(Del Vedado.)

PD
PATRIM

LOS UNIFORMES



EL NUEVO DE
LOS OFICIALES
CUBANOS

IPD
PATRIMONIO
DOCUMENTAL



¿Señora Santa Ana
 Porque llora el niño?
 Por el PULGARCITO
 Que no ha recibido.

\$ 2⁰⁰ EL Año.

PATRIMONIO

Bler

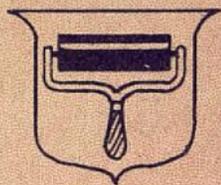


RETRATOS
ARTÍSTICOS
PARA NIÑOS

NEPTUNO 65 (ALTOS)



PATRIMONIO
DOCUMENTAL



INSTITUTO
DE
ARTES
GRAFICAS

CERRO 528
ESQUINA A TULIPAN
TEL. I-1119
LA HABANA

